

madreñeros y cada uno necesita fabricar lo menos dos pares diarios para obtener jornal.

Esto cuando todos los agrónomos convienen en la necesidad de defender nuestro clima; cuando todas las naciones se preocupan del porvenir de sus montes; cuando no se permite *regar*, por ejemplo, la vega de Córdoba ¡porque no disminuya el caudal del Guadalquivir navegable!

¿Hay remedio posible? ¿Quién lo duda! El interés particular mal dirigido es quien causa los daños: el interés particular es el único bastante poderoso á contrarrestarlos. Arriéndese con estrechas condiciones el aprovechamiento de los montes á largo plazo, y los contratistas sabrán bien impedir las talas fraudulentas. Hoy la empresa de los hayedos, mañana la de los robles ó los pinos establecerán guardas propios que no tengan que obedecer á tirios ni á troyanos, mientras los empleados facultativos del Estado, limitados á la alta inspeccion, bastarán y sobrarán para un servicio ahora penosísimo y deficiente. Las aldeas, los pueblos comarcanos hallarán mayor ventaja en el jornal ó destajo de la explotación ordenada que en la corta y venta fraudulenta, y no se expondrán, sin ganancia, á las consecuencias del Código. ¿Cuándo la depredación de los hayedos ha podido producirles ciento ó ciento cincuenta millones de reales anuales como les producirá la nueva recolección de la semilla?

Conservemos, pues, la que todavía tenemos, que no es escasa riqueza; procuremos ilustrar á las poblaciones de nuestras mesetas centrales, respecto á la utilidad del arbolado y aun de los pájaros, sus dos enemigos actuales; tendamos por cuantos medios sean posibles á repoblar lo destruido, y si algun ministro de Hacienda de los futuros tiempos sueña con desamortizar los montes, á riesgo de dejar nuestra patria inhabitable, sepa al menos que con su valor se solventaría ampliamente toda la deuda del Estado.

Otra cosa sería si se intentaran reducir al cultivo los eriales y yermos que doquiera apenan el ánimo del viajero. Sólo en la provincia de Santander pudieran reducirse á cultivo, sin descepar un árbol, algunos centenares de miles de hectáreas, duplicando por lo menos la población, que hoy emigra á los países americanos, porque nuestras leyes, nuestros reglamentos, nuestras órdenes de todas las naturas administrativas, dificultan más la roturación de un huerto que la ocultación de una dehesa.

Pero llegamos involuntariamente á otros dolorosos asuntos para nuestra patria, y merece artículo aparte.

J. DE HUELVES.

## MIS CANTARES

Roba la luz á tus ojos  
una blanca nubecilla;  
ponte de mi amor la venda  
y un ciego te dará vista.

Entre la vida y la muerte  
hay un punto indefinible;  
si rechazas mi cariño  
sabré pronto en qué consiste.

El amar no causa dicha,  
el ser amado tampoco;  
sólo amor correspondido  
puede llamarse dichoso.

Querer á la que es ingrata  
y mirar al sol de frente  
es lucha de mariposa,  
que la llama en flor convierte.

SEVERINO PEREZ.

## REVISTA EXTRANJERA

Uno de los principales objetos de estudio de la estadística es la población. Según los últimos estudios de Kœchlin-Schwartz, al que se debe la publicación de un interesante viaje á Laponia, la densidad por kilómetro cuadrado en varios países es la siguiente: Bélgica 181 habitantes, Países Bajos 109, China 102, Gran Bretaña 101, Italia 91, Japon 83, Imperio de Alemania 79, Francia 70, Austria-Hungria 68, Suiza 65, India inglesa 60, Portugal 44, España 33, Grecia 29, Turquía europea 25, Dinamarca 14, Rusia europea 13, Egipto 10, Suecia 10, Estados Unidos de América 7, Noruega 6, Méjico 5, Brasil 1, Laponia Finmark 0,5, Siberia 0,3, Groenlandia 0,2. Fijese la atención en las cifras que representan Rusia y los Estados Unidos y se comprenderá hasta dónde pueden llegar ambos colosos, si causas de interior desorganización y decadencia no paralizan sus progresos.

Traslado á los estadistas de la vigésima centuria.

\* \* \*

Las conferencias sobre la navegación del Danubio se han celebrado en medio de la mayor armonía; pero las pequeñas naciones interesadas en la deliberación no han quedado muy satisfechas. Era natural: Fedro historiaba muchos congresos diplomáticos al contarlos las partijas del botín entre la vaca, la cabra y la oveja. También la Rumania y la Servia han sufrido las consecuencias de su pasajera comunidad de intereses con el Austria y la Rusia; también de aquellas puede decirse que

*Socii fuere cum leone in saltibus.*

La cuestión de Oriente es una especie de pólipo monstruoso, como el descrito por Víctor Hugo en sus *Trabajadores del mar*. Unas veces aparece por el Norte, otras por el Mediodía, ya con pretextos religiosos ó ya con otros mercantiles; pero su fin siempre es el mismo: la destrucción del imperio otomano y el engrandecimiento de las potencias destinadas á recoger tan rica sucesión en un plazo más ó menos largo. ¿Quién sabe si las nuevas naciones, formadas con sus despojos, y que parecen como una especie de parásita vegetación sobre el carcomido tronco, no acelerarán su caída? Como quiera que sea, los rumanos, por conducto de sus representantes en la Asamblea nacional, y muy especialmente por el valiente Jonesco, han elevado ante la opinión pública solemne protesta contra una conferencia diplomática en que se disponía de los más vitales intereses de la nueva nación sin oír la voz de sus delegados. Además de no resolverse las cuestiones pendientes en Congresos de tal manera organizados, se promueven otras en que, abusando de la fuerza, se vislumbran ya las guerras del porvenir, y por cierto que no es este el mejor camino para decidir los conflictos internacionales. Pero el tiempo y el derecho concluirán por dar la razón á los que la tienen, aunque unas veces vean suspendida sobre sus cabezas la espada de Damocles, y otras veces se arroje la de Breno en contra de los débiles en el platillo de la balanza.

\* \* \*

Italia ha entregado á sus gobiernos y á sus sabios al mismo tiempo que España la cuestión de la emigración para que la estudien y resuelvan; pero hemos de confesar que la opinión pública no ha quedado satisfecha en ninguna de ambas penínsulas. Sabemos ya la densidad de población en uno y otro país; ésta al mismo tiempo que la miseria es la causa de que se vean despobladas las mejores provincias. Han desaparecido de Italia en nueve años noventa mil propietarios por no poder pagar las excesivas contribuciones, lo mismo exactamente que en España. Pero en ningún país de Europa, exceptuando Bélgica, Holanda é Inglaterra, es tan densa la población como en Italia, mientras entre nosotros no pasa de 33 habitantes por kilómetro cuadrado; por tanto, si en Italia hay más razones para que por este concepto sea mayor la emigración, por nuestra parte debe haber otras causas bien conocidas por todos. En Italia se teme que la emigración clandestina suceda bien pronto á la pública, y que todas las precauciones tomadas por el Gobierno queden frustradas, eligiendo los emigrantes diferentes puertos de embarque. Sabido es que los italianos prefieren á todos los países los regados por el caudaloso Plata, donde la influencia de aquella nación

está llamada por nuestra incuria á sustituir á la española. He aquí, según *El Economista*, de Florencia, las cifras que representan la emigración desde 1869 á 1881. En el primer año, 105.766; en 1870, 100.015; en 1871, 111.411; en 1872, 140.680; en 1873, 139.860; en 1874, 91.239; en 1875, 76.095; en 1876, 108.015; en 1877, 99.213; en 1878, 96.268; en 1879, 119.831; en 1880, 119.901, y en 1881, 135.832.

Según la *Revista Sur Americana*, publicada por Lamas, son italianos la cuarta parte de los propietarios en la ciudad y provincia de Buenos Aires: los fondos depositados en aquel Banco por los emigrantes y residentes de aquella procedencia son muy considerables. A fines de 1881, según el balance oficial, había 3.908 imponentes argentinos con un capital de 62.078.339 francos; 12.143 italianos con 46.841.105, y todos los demás extranjeros no pasaban de 5.430 con 68.557.900. En Montevideo hay 2.556 propietarios italianos, que representan un capital de 76 millones de francos, y de aquella ciudad han salido para Italia en un corto período 14.800.000 francos. ¡Tristes, tristes son estas cifras para nuestra patria! ¿En qué consiste que un pueblo, que no tiene con los del Plata otra semejanza que la de la raza, ha podido unir sus intereses de una manera tan íntima con los Estados argentinos? ¿En qué consiste que los emigrados españoles, si se exceptúa un corto número, no pueden labrar en aquellos países tan considerables fortunas? ¿Quién creería que á los setenta años de conseguida la independencia por los argentinos, y deseando ellos mismos más que ninguna otra emigración la de los españoles, un pueblo hasta la época actual sin comercio, sin marina y hasta sin unidad nacional, lograra tanta preponderancia? ¿Lo ha hecho el Gobierno italiano? No, seguramente, porque ha descuidado la emigración ó la ha combatido con todas sus fuerzas, aunque en vano. ¿Puede encontrarse la explicación de este fenómeno en la actitud de los argentinos? Tampoco, en nuestro juicio, es esta la causa: la miseria de los italianos en su mismo país y su propia iniciativa han originado su bienestar y riqueza allende el Atlántico.

\* \* \*

Pasaron ya los tiempos en que Rousseau dictaba leyes al gobierno de Polonia, que por cierto, no prolongaron la existencia de la nación mártir, y en que Locke recibía el encargo de escribir una Constitución para la Carolina. Y sin embargo, Borelli-Bey escribe ahora la de Egipto. El cañón de los franceses en Cádiz no impedía, antes daba nuevas fuerzas á nuestros diputados para formar su Código; pero la ocupación inglesa no es el mejor medio de que Egipto plantee las bases de una organización duradera. De todo tiene el proyecto que se forma para Egipto: en él van las leyes que aquí se llaman orgánicas, en confusión con los principios fundamentales; las prescripciones de las leyes electoral, provincial y municipal forman parte de ese texto híbrido, y así como Augusto Nicolás ha dicho que los Estados Unidos tienen la civilización y la constitución del *castor*, podríamos decir nosotros, si el proyecto llega á ser ley, que el Egipto tendrá la civilización y la constitución de la *girafa*. Se permite la discusión sobre asuntos insignificantes y se prohíbe acerca de los impuestos y de las disposiciones sobre la deuda extranjera. La Constitución, en tales condiciones, caerá sobre el desventurado país de los *fellahs* como una bomba lanzada por la artillería inglesa. Los tipos del censo electoral son elavados y desproporcionados al nivel general de las fortunas del país; y por último, para no ser menos que las naciones católicas por excelencia, se hace obligatorio para los *notables delegados* el juramento de fidelidad al *khedive* y á las leyes. Por su parte lord Dufferin considera que el proyecto de Constitución es demasiado complicado para los egipcios, y en esto somos de su parecer, pues por sencillo que fuese sería asaz más complejo que un simple decreto en virtud del cual se agregase Egipto pura y simplemente al imperio británico.

No hay que andar buscando calificativos para el siglo presente: si unos lo llaman de las luces y otros del vapor, nosotros tenemos por lo menos igual derecho para bautizarlo con el nombre de *siglo de las Constituciones políticas*.

\* \* \*

Se anuncia la coronación de Alejandro III para el mes de Mayo próximo. El país de Ivan el Terrible, que también es el del falso Demetrio, desplegará con

este motivo el fausto oriental de sus soberanos, la riqueza de sus iglesias cuajadas de oro, sus numerosas legiones de infantes y ginetes del ejército regular y del irregular, al mismo tiempo que el pueblo olvidará por breves días su ignorancia y su miseria al contemplar tanta riqueza. Moskow encenderá millones de antorchas para alumbrar el camino del Emperador hasta el trono, olvidándose tal vez de que al comenzar este siglo encendió innumerables hogueras, como en otro tiempo Numancia y Sagunto, para alumbrar el camino de la desolación y de la muerte que debían recorrer Napoleon y su inolvidable grande ejército. El castellano de Gatchina será durante algunos días el alcaide del Kremlin, que ántes que palacio es y ha sido siempre una fortaleza. Las ciudades libres de Grecia en la antigüedad tenían sus *acrópolis*; las de Italia en la Edad Media sus *carroccios* y sus *gonfalones*; las ciudades eslavas, que generalmente elegían las altas montañas, como la misma palabra rusa *gorod* lo indica, tienen sus *kremlin*, de los cuales el más notable es el de Moskow, á donde piensa trasladarse el heredero de Pedro el Grande. ¡Constituciones de piedra que se hacen y deshacen más lentamente que las de ahora!

En tanto, llegada la noticia á los Estados Unidos de América, donde reside Hartmann, uno de los principales jefes de los *nihilistas*, éste se atreve á pronunciar en una reunión pública palabras verdaderamente fatídicas, y á profetizar que Alejandro III, hace algún tiempo prisionero en su palacio, no llegará á ceñirse la corona. ¡Dios quiera que Hartmann se cuente entre los falsos profetas, porque con los sistemas que él y los suyos patrocinan no se consigue la libertad de ningún pueblo, y mucho menos del ruso, donde un 90 por 100 de la población no sabe leer, y donde hay quien quiere el establecimiento de la república sin que por eso dejen de existir los czares.

\* \* \*

Para que nuestros lectores formen idea del adelanto de la marina inglesa, trasladamos á la Revista las siguientes cifras. Los constructores Short Brothers, de Tallion, han botado al agua en 1881 quince navios con 26.685 toneladas; Thomson é hijo, trece con 27.891; los buques de James Laing tenían 23.004, los de Doxford 22.231, los de Robert Thomson é hijo 19.947. En Middlesborough Raylton y Dixon en 1882 botaron diez y ocho navios con 27.249 toneladas; entre estos buques se cuentan catorce vapores de hélice. En Stokton, Darse y C.<sup>a</sup>, en el mismo año 1882 armaron once buques con 15.971 toneladas, y Richardson, Duck y C.<sup>a</sup> ocho vapores de hierro, de hélice, con 16.182 toneladas. Estas cifras son tales que excusan al que las registra todo comentario, á no ser el *Rule Britannia* del poeta Thompson.

\* \* \*

Nosotros, que hemos consagrado tantos años al periodismo, y que, sin detrimento de nuestra modestia, podemos decir que conocemos sus excelencias y sus flaquezas, complacemos al Sr. Nicoló Bernardini, de Lecce, en Italia, dando publicidad á su proyecto de diccionario de todos los periódicos, ramo de bibliografía que cuesta tanto trabajo clasificar y del que existen muy pocos índices. Este laborioso compilador, que vive en la indicada población, 27, via delle Bombarde, ruega á todas las empresas le envíen un ejemplar de cada periódico y además una sucinta historia del mismo y de sus redactores. Dicese que ya existen en su poder datos relativos á diez mil publicaciones de todos los países. Pobres y recién nacidos como son, no le faltarán Los Dos Mundos.

\* \* \*

Como prueba de lo mal constituido que se halla todavía el imperio alemán, podemos citar la sorda agitación que se experimenta en las poblaciones de los países franceses agregados al antiguo reino de Prusia, ó sean los antiguos departamentos que formaban la Alsacia y la Lorena. La verdad es que originariamente son alemanes estos países, y que los franceses los hicieron suyos, gracias á las conquistas de Luis XIV, y que si solo razones etnológicas fuesen admisibles para formar las naciones, Alsacia y Lorena deberían ser alemanas. Pero ¿se debe á una idea de raza y de familia, ó á un proyecto sin otro origen que la ambición la metamorfosis que ha sufrido?

En nuestra opinión, y en la de los más, se debe á lo segundo. Y como por otra parte los franceses han sabido asimilarse la población alsaciana y lorenesa, tanto

como la gascona, la bretona y otras, que en otro tiempo formaron naciones separadas, aunque más antiguamente incorporadas al reino de las lises, no extrañemos que la incorporación al imperio germánico equivalga á un yugo insostenible para los pueblos referidos. Si la razón etnológica prevaleciera en Europa al constituir los Estados, el mapa sería muy distinto de lo que es ahora. Nosotros y nuestros vecinos portugueses formaríamos un solo pueblo, y con sólo dejarnos llevar por la corriente del Miño, del Duero, del Tajo ó del Guadiana pasaríamos sin sentirlo de una provincia española á otra lusitana: Bélgica sería francesa ó holandesa; Suiza no existiría como nación independiente; Irlanda no sería inglesa; Italia mayor por una parte y menor por otra que el actual reino; el imperio austriaco desaparecería como el turco, y los reinos escandinavos formarían un haz de tres espigas ó una constelación de tres estrellas. Pero ¿quién ha dicho que sólo haya de ser la etnología el criterio admisible para constituir las naciones ni en Europa ni en ninguna otra parte de la tierra? La Alsacia y la Lorena se hallan en la más espantosa miseria, y el Gobierno del emperador Guillermo, para aliviarla en alguna parte, piensa comunicarles una vida artificial en vez de inocularles el espíritu militar prusiano. La creación de una escuela militar en Neuf-Brisach ha sido, sin embargo, rechazada por una gran mayoría de votos; al mismo tiempo que esto priva á tan desdichadas provincias de una compensación á tantas y tan graves pérdidas, es la mejor prueba de que los alemanes no quieren imitar al simplecillo labrador víctima de la culebra que acogió para calentarla en su seno.

Así como nosotros no quisimos ser franceses en 1808 y no nos deslumbraron las glorias del imperio, y no nos desanimó la postración en que nos encontrábamos, sin Reyes ó con Reyes y príncipes que, como si fuera una pelota, se arrojaban unos á otros la corona de España para que Napoleon la recogiera despues en la punta de su espada, sin hacienda, sin marina, sin ejército, pero con un patriotismo comparable con el de las mejores épocas de griegos y romanos, no de otra suerte Alsacia y Lorena no quieren ser alemanas, y sólo á título de espina consenten en figurar en la nueva corona de un César, que se la ciñó á sus sienes en medio de la desolación y del más sangriento conflicto por que ha atravesado Francia.

Dicese que San Luis para obligar á que le siguiesen en su expedición muchos barones franceses, hizo, sin que ellos lo supiesen, que en sus vestidos se les pusiesen cruces: los pueblos modernos, cuando no quieren una bandera no se la dejan imponer, y si ellos mismos no toman la cruz, no van á las cruzadas.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

## LA GUERRA

¿Habrá quien critique mi propósito de hablar de la guerra, á pretexto de que no soy militar ni sé manejar un cañón? Oí la singular especie de que no debe meterse á discurrir sobre música quien no sabe siquiera tocar una zambomba, lo cual me entristeció, porque una vez generalizada esta sentencia me cierra las puertas para escribir sobre muchas cosas.

Mas nada importa: si mi pluma ha de ser independiente, preciso es que no obedezca sino á las insinuaciones de mi conciencia y que se mantenga serena entre los dedos, ya resuene en mis oídos el acariciador murmullo del aplauso, ya el molesto zumbido de la censura.

Hablaré de la guerra, aunque me la hagan á mí. Despues de todo yo no hiero ¡Dios me libre! personalidad alguna, y tengo la ventaja de que no me resiento porque hieran la mia: en mí si algo hay que vale es la idea; el individuo ya sé yo que nada vale.

Al siglo en que vivimos se le han prodigado los más honoríficos y pomposos dictados. Nos hemos propuesto que las actuales generaciones crean que viven en los tiempos del progreso, en la época de los adelantos, entre inventos que nos honran, luces que nos iluminan y descubrimientos que nos enaltecen, y casi casi lo hemos conseguido.

Si á través del rosado prisma de nuestro amor propio miramos al pasado y dirigimos este mágico antejo hácia el lado en que abundan las nieblas de la barbarie y las sombras de la rudeza, no hay duda en que sólo percibimos tristes perspectivas que no pueden resistir la comparación con los pintorescos panoramas de nuestra moderna cultura. En lo antiguo no existían ferrocarriles, ni buques de vapor; hilaba la rueca y no la máquina; llevaban la noticia el caballo y el hombre y no la chispa eléctrica; cazaba la flecha y no la bala; curaba el emplasto y no el específico; se miraba al sol en la tranquila superficie del lago y no por medio del telescopio; se investigaba la constitución de la tierra y no se discutía sobre los habitantes de la luna; existían la sopa boba y los irritantes ó asquerosos privilegios del feudalismo y no los convites de guante blanco y las demostraciones de la más graciosa igualdad.

Es innegable que existe el progreso industrial, comercial, científico y social. Mas ¿han contribuido á ello los políticos? ¿Ha habido adelanto en la vida pública de los pueblos? ¿No presentan siempre las sociedades los mismos rasgos bajo este concepto, y si ha habido transformaciones no están únicamente en los medios de acción?

La política parece que es la faz del hombre más genuinamente humana. Me explicaré. En las ciencias, el hombre es talento y genio; en las artes, es sentimiento y fantasía; en las industrias, ingenio é imaginación; en el comercio, actividad y economía; en sociedad, educación y dinero; pero en política es hombre, nada más que hombre, y hombre con sus límites, sus miserias, sus intrigas, sus ambiciones, su soberbia y su despotismo. Por eso la política está reñida con todas las demás cosas, y apenas alza el grito enmudecen las ciencias, huyen las artes despavoridas, detiene su curso el comercio, se cierran fábricas y talleres, emigran hombres y capitales, y la sociedad quedaria cadáver, si el espíritu vital de la paz y del orden no sustituyese á la corriente galvánica del frenesí de los partidos.

Un país cuya vida fuese exclusivamente política, sería un país de fieras, un estado pretersumo como soñaron Hobbes y Rousseau; *el bellum omnium contra omnes*. Su situación normal sería el estado de sitio, y su expresión gráfica la guerra.

Por eso si un político toma el antejo de que he hablado ántes y le dirige hácia los tiempos de antaño, me parece á mí que no hallará grandes diferencias en el fondo, porque los hombres han sido siempre los mismos. En la forma es otra cosa: de la flecha á la bala, de la honda al *Remington*, del ariete al *Armstrong*, de la catapulta á la ametralladora, hay realmente un progreso. ¡Ojalá le hubiera tan marcado de la piel á la cota y del maderamen al blindaje, que al fin son defensas! Pero los medios de destrucción modernos son tales, que hacen ocioso y aun ridículo pensar en escudarse. La defensa está en el ataque; queda vivo el que da primero; la manera de defenderse es matar al que nos acomete; un soldado entre cadáveres está salvo; bien puede reposar sobre los cuerpos de sus víctimas.

Un gladiador vencía cuando derribaba á su adversario; un ejército vence hoy cuando barre con la metralla al ejército enemigo. Un pueblo vencía á otro pueblo cuando le cogía prisionero; era esclavo y el esclavo no era hombre; el pueblo se transformaba en manada al cambiarse de soldado en siervo. Una nación vence hoy á otra nación cuando la reduce á cementerio; el cadáver no da sombra; la ruina no se levanta; un pueblo en pavesas es ménos que un fantasma,

porque un fantasma siquiera és, pero una tumba expresa cuando más lo que fué. Por eso las naciones antiguas al sucumbir eran heroicas y al triunfar potentes, mientras que hoy al morir son desgraciadas y al vencer verdugos.

Las víctimas de una gran batalla, como las de Xerges y Alejandro, cabían todas en una fosa; los cadáveres de una gran escaramuza en nuestros felices tiempos sólo caben entre cielo y tierra: el primero devora el humo de las hogueras en que los muertos se queman, y sobre la segunda esparce el viento las candentes cenizas.

¿Hay ó no progreso?

Dícese que el monstruoso poder de los medios de destrucción habrá de venir á hacer imposibles las guerras. ¡Oh! ¿Tendremos que bendecir mañana lo mismo que maldecimos hoy? No lo creo.

Habrán guerras mientras haya ambiciones, y habrá instrumentos destructores en tanto que haya guerras. Más bien creo que si los medios de ejecución del hombre estuviesen al nivel de sus odios, se llegaría alguna vez al satánico invento de un cataclismo universal, porque hay ambiciones que no caben en el mundo. *Desearía que la humanidad tuviese una sola cabeza para cortarla de un solo golpe*, dijo un antiguo tirano. Esta frase parece una profecía sorprendida en los labios de algún déspota de nuestros tiempos, porque veo que hay quien aceptaría un medio de destruir las naciones una por una para imperar sobre el globo, aunque el globo no fuese luego más que la vasta región de los muertos.

Dícese también que la diplomacia avanza, que su poder aumenta, que está destinada á extinguir las guerras y que debemos depositar en su seno las magníficas esperanzas de una paz universal. ¿No es esto una hermosa utopía? ¿Un generoso optimismo más bien que un cálculo fundado? El triunfo de la diplomacia sobre la pólvora sería el dominio de la razón sobre la fuerza, de la justicia sobre la mecánica, de la vida sobre la muerte; y creo yo que por una de esas lamentabilísimas contradicciones, que sólo se presentan cuando del hombre se trata, en ninguna parte impera menos la razón que entre los seres racionales.

Era de esperar que al reinado absoluto de los instintos animales siguiese en la escala del progreso la preponderancia exclusiva de la razón y la equidad entre los hombres, y que la diplomacia, dejando oír las voces de lo justo y lo conveniente, llegase á hacer sentir el peso de lo legítimo y de lo debido en la conciencia de los pueblos; mas esto no puede suceder sino cuando la conciencia está limpia de prevenciones y purificada de pasión, y evidente es que entre los mortales más se deja al diablo de la soberbia que al ángel de la humildad, y más alcanza el negro espíritu del encono que el radiante poder del derecho.

Ahora bien: las guerras son calamidad de todo tiempo y de todo pueblo; luego la razón y la justicia no han reinado jamás en ninguna parte. Momentos de calma, instantes de reparación, días de paz ha habido y breves épocas de justicia y de orden; pero todo ello es como el fondo luminoso de un cuadro oscuro, astro superior á las tormentas que aparece puro y radiante entre los desgarrones de una atmósfera formada con el humo de los cañones y el polvo de las ruinas.

Si se formara una cadena con todos los instrumentos inventados por el hombre para guerrear, desde la piedra arrancada del monte y el palo desgarrado del árbol hasta el fusil Minié ó cañón Plasencia, daríamos con ella una vuelta al mundo: digno cinturón de la morada del hombre; mísero prendido de esa inmensa túnica hor-

dada de estrellas que flota sobre nuestras cabezas y en que se ostentan para nuestra confusión la paz y la armonía. ¡Qué aspecto tan diferente presentaría la tierra en los primeros siglos y antes que la hollara el hombre! ¡Cuánta luz, cuánta armonía, qué diafanidad en el ambiente, qué perfumes en los bosques, qué apacibilidad en el reino animal, cuánto concierto en la totalidad del firmamento y en el detalle de nuestro globo! Mas sienta el hombre su planta en este paraíso y sueña un gemido; es Abel que muere. El primer hombre de que tenemos noticia es el fratricida Cain; la primera página de la historia está escrita con sangre, y la última para nosotros lo mismo. La señal para la eterna batalla está dada; si el hombre se desarrolla en tribu, la tribu pelea; si la tribu se extiende en pueblo, el pueblo pelea también; si el pueblo crece hasta hacerse nación, la nación batalla; y si un día caen las fronteras y los estados desaparecen bajo esa prometida mancomunidad universal, la humanidad peleará por dentro. El individuo se convertirá en género, el miembro en organismo, el hombre en humanidad, pero siempre nutrido por la guerra: la muerte también alimenta.

El hombre pelea por todo: primero por su libertad, y la guerra es entonces una epopeya; así pelearon Grecia contra Persia, Atenas contra Esparta, Cartago contra Roma, Polonia contra Rusia, Francia contra Europa y España contra Francia: después por ambición, y la guerra es una injusticia; así pelearon Nínive contra Babilonia, Media contra Nínive, Persia contra Egipto, Esparta contra Tebas, Roma contra España, Florencia contra Roma y Prusia contra Francia.

El hombre lo convierte todo en ocasión de batalla: conveniencias, intereses locales, faltas de etiqueta, derechos de familia, opiniones científicas, creencias religiosas, tendencias de raza, opiniones políticas, aspiraciones del orgullo, intrigas diplomáticas. Lo mismo desenvaina la espada por el mísero concepto de una esperanza hereditaria ó de un fuero personal, que por el impertinente y extraño pretexto de una discordancia especulativa ó de una opinión simplemente mística.

Y mientras más individual y estrecho, por decirlo así, es el motivo, más tenaz y encarnizada es la lucha; y mientras más profundo y personal, más horrenda y cruel. La preponderancia posible de un solo hombre basta para que se destruyan dos naciones; dígame si no la guerra franco-prusiana. La disidencia en materia de religión basta para que se arruinen en perpetua batalla dos razas; díganlo si no protestantes y católicos desde la batalla de Mulberg hasta la matanza de los hugonotes. Y si á lo pequeño de la causa se agrega lo reducido del campo, la guerra es aún más sangrienta y espantosa; por eso las luchas civiles son más odiosas y bárbaras que las internacionales. Concíbese que dos pueblos peleen, como se comprende que riñan dos rivales; que el honrado se defienda del bandido, el acometido del agresor, porque cabe semilla de discordias donde no hay vínculos de atracción que ahoguen hondas antipatías; pero entre hijos de un mismo pueblo, entre hombres de una misma historia y una misma lengua, entre espíritus enlazados por una vida común y unas mismas esperanzas, como ramas de un mismo tronco, es absurda y bárbara la lucha y basta sola ella para poner muy bajo el termómetro de la cultura moral del país. Sobreponer la ambición del individuo al bien general, el falaz espíritu de partido á la opinión de los más; el interés de algunos ó de uno quizás al orden y á la paz pública; alentar las malas pasiones para producir el delirio de lo monstruoso; enconar los ánimos para amontonar escándalo sobre escándalo y

crueledad sobre crueledad; tejer una horrible cadena de oprobio é impiedad y enlazar la sangrienta hecatombe de hoy con la asquerosa profanación de mañana, y esto á nombre del patriotismo, del derecho y del mismo Dios, es un horrendo sarcasmo, que si no basta á conmover los cimientos del mundo, sobra para sacudir el corazón de la humanidad, y para que no quepa bajo ninguna bandera y mucho menos bajo la que lleva entre sus pliegues los sacrosantos nombres de *libertad, patria y religión*.

Por eso no se puede menos de acoger con apenada sonrisa las pomposas frases de los que hablan de progreso, sobre todo del progreso moral de los pueblos modernos.

Mas alta que todas las alabanzas con que se celebran los triunfos de sabios y artistas, de industriales y de mecánicos, debe ponerse la enérgica protesta contra las guerras; y más elocuentes que esas grandezas, apoyadas no siempre en títulos de civilización sino en fundamentos materiales de militarismo y de fuerza, son el lamento del pueblo que gime bajo el azote guerrero, y el quejido del alma honrada que contempla la catástrofe revolviéndose bajo el peso de su vergonzosa impotencia.

No se hable, pues, de civilización, de moralidad ni de progreso en tanto se manche la tierra con una gota de sangre y el aire se estremezca al estampido del cañón.

ROMUALDO A. ESPINO.

#### Á LA SEÑORITA DOÑA ROSARIO ABAJO

(EN EL TEMPLO)

Ante la hermosa efigie de la Virgen  
te ví, Rosario, orar,  
muda y absorta en sacrosanto culto  
postrada ante el altar.  
Vaporosa vision me pareciste  
y el rezo suspendí,  
que adorar á los ángeles del cielo  
es adorarte á tí.  
Desde aquella mañana está en mi mente  
infiltrado tu sér,  
y no puedo vivir sin tu cariño,  
angelical mujer.  
Presumo que no peço porque creo  
que, de tu amor en pos,  
sólo adorando tu divina imágen  
se rinde culto á Dios.

ARTURO O'NEILL

#### EL BACALAO

Artículo... de Cuaresma

—¿Cuál es el pez que tiene la cabeza más distante de la cola?—le preguntaron á uno.

—El bacalao—contestó,—porque tiene la cola en España y la cabeza en Escocia.

Indudablemente los bacalaoes son los seres más desdichados de la tierra, es decir del mar.

No contento el hombre con maltratarlos *hasta dejarlos secos*, les arranca la lengua, los decapita, los prensa, y como si esto no fuera bastante, los expone luego á la pública vergüenza colgados á la puerta de las tiendas de ultramarinos.

¿Y qué más? ¡Hasta hay quien se los come!

\* \*

Segun los zoólogos, el bacalao (llamado también, y por mal nombre, abadejo), pertenece á la familia de los Gádidos.

¡Hay familias muy desgraciadas!

En ésta todos los individuos son huérfanos: no tienen *cabeza de familia*.

\* \*

Dice un autor que los abadejos sólo se conservan bien *cuando están curados*.

Desde que sé esto ya no me fio.